

La salud pública es sin duda el mejor de todos los bienes sociales; no hay infortunio que necesite mayor atención y ayuda que la enfermedad.

Muchos problemas sociales son problemas de higiene. La pornografía necesita un tratamiento higienizador. Quien lo emprenda hace una obra de higiene pública. No hay que olvidar que las enfermedades se clasifican por su origen; innumerables trastornos orgánicos brotan del alma perturban por las bajas pasiones excitadas por la pornografía.

Desgraciadamente abundan los que esquivan la obligación de respetar la personalidad ajena y hieren a sus semejantes con sus producciones. Los que escriben, editan y comercian con la pornografía son verdaderos portadores de enfermedades infecto-contagiosas, son enfermos de torpeza, lujuria y codicia. No hay ideas o sentimientos que proyectados al exterior no produzcan reacciones en los demás. Toda idea perversa impresa es un impacto que modifica la sensibilidad del que lee y oye, aunque vaya envuelta en la comicidad que provoca risa como primer efecto, pero ciertamente actuará como una bomba de tiempo para estallar más tarde conmoviendo la sensualidad.

Como en todas las enfermedades también hay grados en la pornografía, siendo la peor esa lectura de ciertos vicios y pasiones que comunican al lector vibraciones anormales.

Con frecuencia el instinto de conservación basta para evitar las causas materiales que afectan la salud. Pero de nada casi sirve, para evitar los efectos de una causa moral.

Si las ideas disolventes que alteran la salud social, perturbando la tranquilidad y el orden público, merecen la represión, inclúyase también en esa profilaxis social, la disolución moral provocada por la pornografía.

La mejor conquista de la medicina moderna es la que se afana en proporcionar la salud integral: cuerpo y alma sana; ya los griegos exigían la mente sana en un cuerpo sano.